

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica 10 despues de Pentecostés.

—
Dico vobis, descendit hic justificatus in domum suam ab illo.
LUC. XVIII, 14.

Os digo que este, y no aquel descendió justificado á su casa.

Quebrantan el corazon las miserias que se notan en la mayoría de los hombres, dominados por sus pasiones, y atentos á las máximas corrompidas del mundo, mas que al recto dictamen de la razon, mas que á la ley del Evangelio y á la voz de Dios que se deja oír en el fondo de todas las almas. Y entre las grandes miserias que padecen muchas almas en nuestros miserables tiempos, es la mas deplorable esa vanísima presuncion de que nos habla hoy el Evangelio, personificada en un fariseo, tipo repug-

nante de aquella clase de hombres que se creen justos, no siéndolo, y que desprecian á los demás. Para combatir la falsa justicia, nacida del orgullo, y recomendar la humildad como cimiento de la verdadera justificacion y de toda virtud sólida y meritoria, pronunció el Salvador la interesante parábola del presente Evangelio. Dos hombres, decía Jesús, subieron al templo á orar: el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pié, oraba en su interior de esta manera: Dios, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adulteros; así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, y doy el diezmo de todo lo que poseo.

Mas el publicano, estando lejos no osaba ni aun alzar los

ojos al cielo: sino que heria su pecho, diciendo: Dios, muéstrate propicio á mi que soy pecador. Os digo que este, y no aquel descendió justificado á su casa: porque todo hombre, que se ensalza, será humillado: y el que se humilla será ensalzado.

Hé aquí una sentencia que se ha cumplido siempre, cúmplase ahora y se cumplirán hasta el fin de los siglos y mas allá, por toda la eternidad. Las humillaciones de la soberbia y las glorificaciones de la humildad son los hilos que componen la trama de la historia. Porque es ley eterna, inmutable, inmaculada, universal, ley de las inteligencias y de los corazones, ley de los individuos y de las sociedades, que será humillado el soberbio y ensalzado el humilde.

En efecto; *la humildad es necesaria para nuestra justificacion y glorificacion.*

El mundo es desgraciado porque es soberbio; la sociedad padece males horribles, los pueblos sufren el peso de calamidades espantosas, las almas se precipitan hacia el abismo de su eterna condenacion á impulso de la soberbia y en justo castigo de sus ingratitudes y rebeliones. Esta es la llaga de la sociedad, este es el pecado de los pueblos, esta es la

perdicion eterna de las almas. No hay otra medicina que la penitencia, no hay otro camino que la humildad. La humildad, hermosa virtud por la cual, segun San Bernardo, (1) el hombre aparece vil á sus ojos, se desprecia á sí propio, y tiénese por el último de todos.

Cuanta sea la excelencia de esta virtud, no tengo yo ingenio ni elocuencia suficiente para decirlo. Dígalo S. Agustin, gran maestro y modelo insigne de las virtudes cristianas. Si me preguntas, dice, ¿qué cosa es la primera, en la Religion y en las enseñanzas de Jesucristo? te responderé que la primera es la humildad. ¿Cuál la segunda? La humildad? ¿Cuál es la tercera? La humildad. Y cuántas veces me hicieres la misma pregunta otras tantas te daré la misma respuesta.

En vano trabajaréis en la obra de vuestra salvacion, sino le dais por fundamento la virtud de la humildad, porque ella es la base de la fé sin la cual es imposible agradar á Dios, la piedra angular de toda la Religion, la raiz de todo mérito, y el germen bendito de toda obra saludable en orden á la vida eterna.

(1) De 12 grad. humil.

San Bernardo afirma que la humildad es el fundamento sólido y estable de las demás virtudes (1). Y se funda este elogio de la humildad en la razón de los contrarios, porque siendo la soberbia el principio de todo pecado, la raíz de toda virtud es la humildad. Es, como afirma el Crisóstomo (2), madre y nodriza, columna y áncora, apoyo y vínculo de todas las virtudes.

Si no teneis humildad, si flaquea en vosotros esta virtud fundamental de la vida, el edificio de las virtudes se viene abajo y se convierte en ruinas, el que reúne virtudes sin humildad es semejante al que lleva polvo expuesto á los vendabales. El huracán de la soberbia disipa toda virtud, y derriba los cédros del Libano. ¿Quién precipitó en los abismos á la tercera parte de las estrellas que brillaban como soles en la presencia de Dios, á los ángeles rebeldes, que ocupaban el primer lugar entre las maravillas de la creación? ¿Quién oscureció la privilegiada inteligencia del primer hombre y le hizo caer de la cumbre de la santidad y de la dicha al abismo del pecado y de la miseria? Ella es, la soberbia

la que cubrió de lutos el cielo y ensanchó las fances del infierno, la que engendra todos los crímenes que manchan la tierra, la que arranca todas las lágrimas que brotan de los ojos humanos; la que degrada las almas, corrompe las costumbres, y atrae las iras divinas sobre los pueblos ingratos y las naciones prevaricadoras. Si el cielo se muestra duro como el bronce, y no envía la lluvia fecundante á los campos agostados, no preguntéis cuál es la causa; es la soberbia de los hombres y de los pueblos que no temen hollar la ley de Dios, blasfemando su santo nombre, ultrajando su Providencia, y desconociendo sus beneficios como si Dios no fuese el que hace fecunda la tierra y bendice las semillas, y alfombra nuestros campos con las ricas y variadas producciones. Preguntad á la tierra porque sufre convulsiones horribles, y abriendo sus entrañas devora edificios, animales y personas, y oireis esta respuesta: Porque la soberbia de los hombres sube sin dejar de subir, hasta el trono de Dios, provocando su cólera infinita. *Quia superbia eorum ascendit semper.*

Preguntad por qué se pasea la muerte, con su exterminadora guadaña, con su rostro feroz con

(1) De consid.

(2) Hom. 3.º in Acta.

sus ojos de ira, sembrando en las ciudades y en las aldeas la desolación y el espanto y levantando su imperio sobre montañas de cadáveres (1), y el oráculo divino os responde: porque han subido hasta el sólio del Eterno los gritos soberbios de las ciudades pecadoras. Preguntad por qué recorren el mundo como caballos de guerra tantas calamidades y cual es la misión que desempeñan en nuestra infortunada nación, y oireis que os responden: somos el azote de Dios, que nos envía á castigar la soberbia de los hombres, la corrupción de los pueblos, la rebelión sistemática de la sociedad y sus horrendas iniquidades. Es el cumplimiento de la sentencia que pronunció Jesucristo sobre las almas soberbias y las sociedades ingratas, y desvanecidas: El que se ensalza, será humillado. El premio de la humildad es la misericordia, y antes faltará el cielo y se hundirá la tierra, que á los humildes y reconocidos la corona de la exaltación y de la gloria. Tiempo es ya de apagar con lágrimas de penitencia el fuego de la justicia divina que devora nuestras ciu-

dades y castiga á la sociedad moderna, rebelde á la voz de Dios, y culpable de las vergonzosas corrupciones que hicieron llover fuego del cielo sobre Sodoma y Gomorra.

Decid vosotros desde el fondo de vuestra alma con el publicano del Evangelio: *Deus propitius esto mihi peccatori*. Señor, tened misericordia de mis pecados. No desprecia el Señor un corazón contrito y humillado, antes bien se complace en recibir con entrañas de Padres á los hijos pródigos que vuelven arrepentidos al seno del hogar, y cubre su desnudez con la rica vestidura de la gracia y dispone un convite espléndido en celebridad de su sincero arrepentimiento, preludio dichoso y esperanza consoladora de aquella fiesta eterna que celebraremos con los ángeles y bienaventurados en la patria de los escogidos.

Orad como el humilde publicano y no dudeis de la misericordia divina porque está escrito que la oración humilde penetra las nubes, y enternece el corazón de Dios cuyos divinos ojos se fijan en la humildad y sus oídos están siempre atentos á los gemidos del arrepentimiento Humillaos bajo su mano poderosa que todo lo gobierna desde lo

(1) El cólera se extiende por todas partes, y la mortandad es horrible.

alto de los cielos, confesad delante del Señor vuestras miserias con llanto y gemido, y sereis transformados en hijos de Dios. Y cuando llegue la hora dichosa de pasar de las tinieblas del destierro á las eternas claridades de la pátria, sereis ensalzados sobre los montes de la soberbia, y glorificados por el Dios de los humildes, con la gloria de su reino Amen.



LA CABEZA DEL PESCADO.

TRADICION DE LOS TIEMPOS DEL SACRO ROMANO IMPERIO.

Cuando Ludovico Pio enviudó de su primera esposa Hermengarda, á pesar de que tenia hijos mayores, casó en segundas nupcias y en lugar de escoger á una princesa correspondiente á su edad, se casó con una jóven dama llamada Judit, hija del conde de Welf, á quien algunos llaman de Amstork.

Este matrimonio fué de lo más infeliz. El marido contaba ya mas de sesenta años y la esposa quince, además la crónica relata de Judit ciertas historias que nosotros nos guardaremos muy bien de poner en letras de molde.

El emperador tenia á su servicio al jóven paje Bernardo, al cual encargó despues de la conquista de Barcelona el gobierno de esta. Algunos dan á este jóven el título de primer conde de Barcelona.

La crónica dice si la gallardía de Ber-

nardo plugo demasiado á la jóven emperatriz.

El Obispo Febd-Reik, uno de los mas santos hombres de aquellos tiempos, miraba con horror las liviandades de la córte de Ludovico Pio.

Un dia el emperador quiso celebrar una victoria conseguida contra los moros, y convidó á su mesa á todos los principales magnates de su córte y á todos los primeros Prelados del sacro romano imperio.

Estaban tamhien allí las primeras damas y entre ellas, la primera entre todas, la emperatriz.

El Prelado Feld-Reik habia amonestado, con la libertad de un verdadero pastor de la Iglesia, á Judit de Welf, pero ésta en lugar de corregirse de sus desórdenes y de oír con humildad las amonestaciones del Obispo de Utrech, se resintió (¡soberbia!) de que un simple Prelado tuviese la osadía de reprender su conducta.

Juró vengarse.

Viendo el Prelado que las amonestaciones secretas nada aprovechaban, determinó avergonzar á la emperatriz y á la córte disoluta con un acto público.

En la edad media acostumbaban á servirse en la mesa las piezas enteras, en términos que los venados y hasta los jabalies aparecían tales asados y rellenos de piezas de caza menor.

Entre los asados de esta clase sirvieron un grande pescado cocido, entero, delicado manjar y de grande rareza.

Era costumbre que el Emperador sirviera á sus comensales del plato mas delicado, y este era en aquel dia el pescado en cuestion.

Después de bebido el hipocrás, especie de vino generoso hervido con yerbas aromáticas y especias venidas del Oriente, el Emperador se preparó para servir el pescado, pero encontrándolo dificultoso á causa de su gran magnitud, se volvió al Obispo de Utrech y le preguntó:

—¿Cómo empezaría tú á cortar esta magnífica pieza de pesca, este rey de las aguas?

Feld-Reik se levantó con solemnidad y fijando su mirada elocuente tan pronto en la emperatriz como en el emperador y los grandes de su corte, contestó:

—Emperador; para cortar, siempre se empieza por la cabeza; corta ésta, raja sin piedad, y lo demás seguirá.

No tengas contemplación alguna; corta, despedaza, que cada cual llevará su parte y para todos habrá, pues todos deben comer del pescado.

Así debe hacerse en los imperios, Ludovico, y sin mirar la alteza de las personas. Persigase primero á los mas grandes, que el escándalo venido de arriba es el peor de los escándalos.

Turbado quedó el monarca, silenciosos los nobles y las damas, y la emperatriz en su interior, lívida de coraje, juraba vengarse.

El banquete concluyó.

Pocos dias después estaba el Obispo de Utrech rezando en su palacio, cuando vió venir cuatro hombres con armas.

El santo Obispo cayó de rodillas y encomendó su alma á Dios. La hora de la venganza había sonado.

El Obispo se levantó y salió á recibir á sus asesinos.

—No aquí;—les dijo,—venid, y los llevó á un lugar no muy lejos, en el cual se levantaba una especie de sarcófago vacío.

Este es mi sepulcro, dijo el Prelado, si cumplís la orden que os han dado.

Los asesinos le abrieron el vientre á puñaladas y el santo, invocando el nombre de Dios, cayó sin vida en su propio sepulcro.

La emperatriz se vengó, pero fué terriblemente castigada.

Acusada de infamia por los hijos de su marido, fué condenada al tormento de las parrillas candentes, en donde confesó sus crímenes y fué arrojada del sòlio imperial.

Muerto Ludovico Pio, el hijo de Judit de Welf, Carlos el Calvo, mató con sus propias manos á Bernardo de Barcelona, al presunto amante de su madre, y el hijo confirmó la infamia de esta.

Los historiadores ponen á Judit de Welf como la última de las mujeres.

En cambio el Prelado de Urtech se venera hoy en los altares, y todo el orbe católico admira su entereza, y le conoce con el nombre de San Federico, Obispo y Mártir.

Tanto Alemania, como Francia y nuestra Cataluña saben y guardan la leyenda de la cabeza del pescado.

FRANCISCO DE PAULA CAPELLA.

—
—
—
VALE MAS LA BELLEZA DEL ALMA
QUE LA DEL CUERPO.

—
—
—
Había en un lugarcito de Francia un excelente cura, tan feo de cuerpo y de

cara, como hermoso de corazón y alma. Cuando su Obispo le envió á la parroquia de Brú, se echaron á reír sus habitantes al verle, y se burlaron del pobre cura. No sabían ciertamente que en aquella caja tan tosca se encerraba un verdadero tesoro. El buen cura no se desanimó sin embargo por aquellas risas, hizo oración á Dios, se entregó á Él, y puso manos en la obra. La empresa no era muy fácil: sus feligreses estaban muy lejos de ser buenos; no se cuidaban mucho de Dios, ni vivían sino para ganar el dinero, que después malgastaban. Trabajaban los domingos, bebían de largo y criaban á sus hijos en completo abandono. La escuela estaba casi vacía, y la Iglesia enteramente desierta.

Un año después que el cura estaba allí, habían cambiado las cosas completamente: no se reían ya cuando le veían pasar; al contrario, se quitaban el sombrero con un cordial respeto; corrían los niños á besarle la mano, y el domingo la Iglesia resonaba con los cánticos de la mayor parte de los aldeanos. Era esto porque el digno párroco se había consagrado á ellos enteramente, visitando todos los días á los enfermos; se informaba de las necesidades de todos, privándose él de lo necesario para socorrerlos: instruía, acariciaba á los niños, y jugando con ellos, recordaba á los padres sus deberes, llegando por fin á ser la verdadera guía del pueblo, el juez que decidía las disputas de los feligreses, que no reparaban entonces en su físico, y que veían toda la hermosura de su alma al través de su fealdad exterior. Había invertido para llegar á este estado un año de ora-

ciones, de confianza en Dios y de valor cristiano. Sin embargo, el buen cura no estaba satisfecho, había aún una oveja descarriada, que quería hacer volver al rebaño.

El Tío Santiago era uno de esos *espíritus fuertes*, ó como decimos aquí, un *hombre cruo*, uno de esos sábios de taberna, que se encuentra en casi todos los lugares, *esprits forts*, ó mas bien *matones*, que no se entregan sino á los goces mas groseros con ayuda de un jarro de vino. Santiágon no podía sufrir al buen Cura, que había ido, según decía él, á ensuciar toda la parroquia; le había puesto por mote, *Polichinela*, y satisfecho por esta ocurrencia de su ingenio, respondía con ella á todos los argumentos que se le hacían, para que observara mejor conducta. La mujer de Santiágon sufría bastante al ver, todas estas cosas, porque el trato de la casa no iba muy bien, y la taberna absorbía una buena parte de los recursos; pero ella no se atrevía á decirle nada á su marido, pues tenía un carácter brutal, cuyas insinuaciones había probado muchas veces sobre sus costillas. Santiágon tenía un niño pequeño y desaplicado, al que él llamaba Virgilio, porque nunca había encontrado este nombre en el calendario al cual tenía horror y del que decía que era todo *jesuitismo*. Virgilio no iba á la escuela, era goloso, testarudo, embustero y perezoso.

El buen cura le había hablado muchas veces, pero le hacía muecas, y cuando el cura le daba estampas de algún santo, Virgilio las llevaba á su padre que las desgarraba, y decía que los santos no se

parecían á aquello, porque como todos llamaban á *Polichinela* santo, decía, que si eran así no los quería por su casa. Santiago no perdonaba al que había llamado *Polichinela*, porque la taberna se iba quedando desierta, y no encontraba compañeros de jarro dispuestos á reirse de sus chistes. Mientras tanto los negocios de Santiago iban de mal á peor; aunque trabajaba los domingos, el dinero no sobraba en su casa; porque durante la semana iba muchas veces á descansar delante del jarro de cerveza del tío Juancho el tabernero, que no daba de beber de balde.

- Así al mejor día se supo que la casita de Santiago, empeñada hacia algun tiempo, sería á la mejor vendida por la justicia. La tía Santiagona lloraba con frecuencia; su marido estaba siempre rabiando, y Virgilio ya no recibía sino reprimendas de su padre, con alguna *puntera* por apéndice. La casa iba á ser vendida por 100 escudos, que Santiago no podía pagar de ningun modo.

(Continuará.)

VARIETADES.

NECESIDAD DEL TRABAJO.

Nuestra misma naturaleza reclama el trabajo; pues se gasta en la inacción, como espada arrinconada, ó se corrompe como agua sin movimiento; lo reclama nuestra propia utilidad, para librarnos de innumerables males y tentaciones, adquirir las virtudes propias de nuestra edad y condicion, conocimientos útiles que ennoblezcan el entendimiento y for-

talezcan el corazón, adornando nuestra alma de merecimientos que nos den algun derecho para ir al cielo.

Reclama de nosotros el trabajo el ejemplo de Dios hecho hombre, y de la Madre de Dios, que por hacernos mas llevadera esta obligacion pasaron una vida ocupada y laboriosa.

AL CRIADOR.

Todo cuanto el mundo alcanza
Cosas tan frágiles son,
Que su mayor posesion
Es engañar la esperanza.

Su deleite y su grandeza
Todo ese engaño sin Vos;
Por que quien no tiene á Dios
No puede tener riqueza.

Y así dejando su abismo
Cuanto soy quiero ofreceros,
Que no es digno teneros,
Quien no se deja á sí mismo.

BOLETIN RELIGIOSO.

Santos del 26 de Julio de 1885.

Santa Ana, Madre de la Virgen Santísima.—San Simeon.

CULTOS.—En el convento de Carmelitas función á Santa Ana con misa y sermón á las diez y media, por la tarde á las cinco rosario y procesion con el Santísimo Sacramento.

Continúan las 40 Horas en Carmelitas.
Continúa la novena de San Roque en San Gil.

Santos del 27.

Santa Juliana y Sempramana, mártires.
CULTOS.—Continúa la novena de San Roque en San Gil.

Imp. de La Fidelidad Castellana.